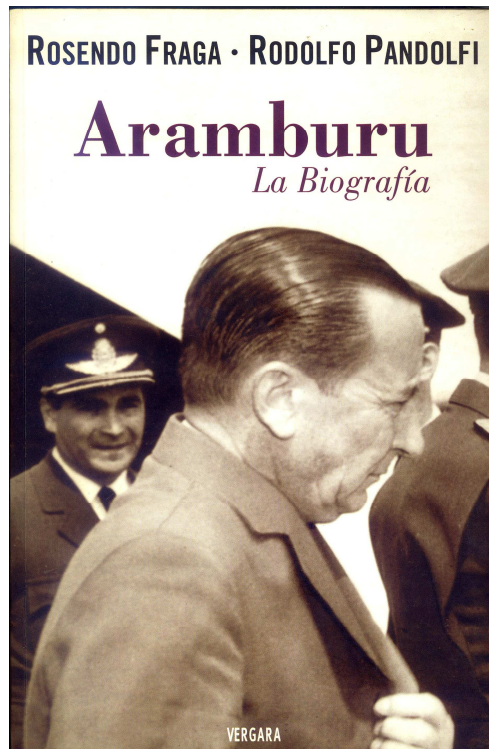


Aramburu. La biografía. Rosendo Fraga y Rodolfo Pandolfi. BsAs. 2005.
Javier Vergara Editor. 416 págs.



*Crítica solicitada a Baschetti por la revista
Movimiento N° 34 de septiembre de 2008.*

El libro está escrito por dos profesionales. Uno, Rosendo Fraga, miembro de la Academia Argentina de la Historia y del Instituto de Historia Militar Argentina. El otro, Rodolfo Pandolfi, escritor y periodista, además de colaborador en la redacción de discursos y documentos durante los gobiernos de Lanusse y Alfonsín.

Por razones de espacio tomaré para la crítica solamente dos capítulos del libro.

Aquellos en que se hace mención a la responsabilidad o no, que tuvo Aramburu en la muerte de civiles y militares peronistas en 1956 (Capítulo 8 – Los fusilados); y cuando otros peronistas –montoneros- lo mataron en 1970 (Capítulo 16 – El crimen). De por sí el título de ambos capítulos está

determinando una posición tomada sobre los hechos que se cuentan. Digo, que depende con el cristal con que se lo mire; en ambos casos (Valle-Aramburu) hubo fusilamientos o asesinatos, pero no en un caso si y en el otro no. ¿Me explico?

El libro cierra con una certeza a modo de corolario: “Pedro Eugenio Aramburu ha sido una buena persona. Supo exponer su vida muchas veces, hasta que la perdió con la altivez de los hombres libres. Tuvo aciertos y cometió errores, pero cuando se escriba la historia del nacimiento de una República en que la gente puede expresarse y respirar, Aramburu será protagonista ineludible del relato”.

Me gustaría poner en duda esta afirmación a la luz de la vigencia que tuvo durante su gobierno: el decreto ley 4.161 de prohibición al peronismo, las persecuciones y allanamientos que instrumentó desde los autodenominados “comandos civiles” que sembraron terror y violencia en sindicatos y hogares de trabajadores, las cárceles repletas de todo tipo de personas privadas de su libertad, por su ideología política, y sujetas a humillaciones y vejaciones al por mayor, cuando no a torturas y simulacros de fusilamientos.

Aramburu puede haber sido buena persona con su familia, pero con su pueblo seguro que no. Y además yo afirmo que simuló su adhesión al gobierno peronista (elegido con el 62,49% de los votos emitidos) hasta último momento, para luego pasarse con armas y bagajes al otro bando. Exhumo un documento de mi archivo personal. Con fecha 24 de mayo de 1955, muy pocos días antes de la sublevación aeronaval del 16 de junio y a menos de cuatro meses de la caída definitiva del gobierno justicialista en septiembre del mismo año, el entonces Director General de Sanidad del Ejército, General de Brigada Pedro Eugenio Aramburu, ordenaba a todas las dependencias a él subordinadas que: “Cuando se eleven propuestas de nombramiento, ascensos, pases de carrera o mejoras para el personal civil, se consigne la posición que observan él o los causantes ante la doctrina nacional y su identificación con la misma, acompañándose copia fotográfica o certificación debidamente autenticada, por autoridades que corroboren dicha identificación”. Se sobrentiende que la documentación exigida era el certificado o constancia de afiliación al Partido Peronista.

Con respecto al fusilamiento del General Valle y otros, entre el 9 y el 12 de junio de 1956, los autores de este libro afirman que el plan de los sublevados “incluía ataques terroristas a conocidos simpatizantes del gobierno y el secuestro de funcionarios y dirigentes políticos

antiperonistas” como así también que “con el fin de identificar los objetivos, se pintaron cruces rojas en diversos domicilios de dirigentes políticos”. Eso es lo que dijo el gobierno de facto para justificar los fusilamientos, pero como refutación podrían usarse las palabras de Juan José Valle antes de su fusilamiento y que si están presentes en el libro: “Conservo toda mi serenidad ante la muerte. Nuestro fracaso material es un gran triunfo moral. Nuestro levantamiento es una expresión más de la indignación incontenible de la inmensa mayoría del pueblo argentino esclavizado. Dirán de nuestro movimiento que era totalitario o comunista y que programábamos matanzas en masa. Mienten. Nuestra proclama radial comenzó por exigir respeto a las instituciones, templos y personas. En las guarniciones tomadas no sacrificamos un solo hombre de ustedes (...) no tenemos alma de verdugos, solo buscábamos la justicia y la libertad del 95 por ciento de los argentinos, amordazados, sin prensa, sin partido político, sin garantías constitucionales, sin derecho obrero, sin nada”.

Se equivocan los autores del libro cuando afirman que con Valle y los suyos “por primera vez en la historia del siglo XX (en Argentina) se aplica la pena de muerte”. Olvidan por lo menos, el fusilamiento del maestro y tipógrafo Severino Di Giovanni, anarquista italiano, junto a su compañero Paulino Scarfó en 1931, durante la dictadura militar de Uriburu y los fusilamientos de peones en la Patagonia a cargo del coronel Varela, con anterioridad, entre 1921 y 1922. Pero sobre todo ignoran la fuerte relación de camaradería y amistad que existía entre los generales Aramburu y Valle, compañeros de promoción y que va mucho más allá de las especulaciones que ellos hacen en un pie de página como al pasar.

En un reportaje que le hace Diana Piazzolla –hija de Astor- a Susanita Valle en 1986, esta afirma: “Cuando mi padre integra la junta de calificaciones del Ejército nombrado por Perón por su alto puntaje y porque era el primero de su camada, le pide al presidente tres días más, para darle a Aramburu, que era el último y el de más bajo puntaje, la posibilidad de ascender. Perón firma el ‘cúmplase’ pero le dice: Mire Valle, este hombre le va a pagar muy mal. Estos favores siempre se pagan caros...”. Y así fue nomás. Aramburu le pagó el favor con un tiro.

El hijo de este oficial de apellido vasco, recurre a una justificación curiosa de porque su padre ordenó fusilar al camarada de armas Valle, luego de hacerlo primero con suboficiales y civiles: dice que dijo, si “le perdonamos la vida al máximo responsable, a un General de la Nación que era jefe del movimiento. Estamos creando un antecedente terrible. Va a parecer que la ley no es pareja para todos”. ¡Ah fenomenal!, entonces lo fusilamos pese a que la sublevación ya había fracasado y no estaban en peligro las instituciones “democráticas”.

Siempre con respecto a los fusilamientos, dicen que Aramburu ordenó los mismos “para evitar una guerra civil”. Curiosa manera de evitarla.... Y también que para Aramburu “la sublevación implicaba una grave subversión de la jerarquía y el orden militar: era ante todo, una rebelión de los suboficiales contra los oficiales” y por eso había que fusilar. ¿Lucha de clases dentro del ejército argentino? ¿Los soviets de soldados se rebelan en armas contra sus oficiales superiores burgueses? No. Todo es mucho más simple. Se trató de implementar un magnicidio para escarmentar al pueblo y retrotraer la Argentina a la década infame. La única manera de poder llevar a cabo adelante ese plan era mediante el terror y los fusilamientos.

Es que el pueblo seguía siendo peronista, porque con Perón había tenido acceso por primera vez en la historia de su país a: salud, trabajo, educación y bienestar; a sentirse digno y protagonista de su presente. Y es por eso, la Resistencia Peronista durante 18 años. Y en uno de los cuales (1970), Aramburu probará su propia medicina.

Debo decir que el capítulo que cuenta su secuestro y muerte manifiesta algunas desatenciones o inexactitudes en un relato que no se aparta de las subjetividades y lugares comunes. Tal como cuando afirman que “A Aramburu lo asesinaron los nazis en combinación con un buen fragmento de la izquierda delirante y del mismo aparato del Estado”. Afirmación que diluyen en una serie de trascendidos (“Todo parece indicar”; “En ese caso”; “Muchas versiones...”; “Existen quienes dicen”) y teorías de difícil comprobación empírica.

Les quitan la condición de peronistas al grupo primigenio de la organización Montoneros –salvo José Sabino Navarro, dicen-; y es más, aseguran que el resto del grupo era antiperonista, lo que de alguna manera se da de bruces con las firmas de todos y cada uno de sus comunicados que terminaban con el consabido “¡Perón o muerte. Viva la patria” además de la dilatada y fructífera campaña de pintadas que motorizaron en todo el país a lo largo de 1972 (“¡Luche y vuelve!”). De la condición de peronistas de este grupo habla el excelente libro de Lucas Lanusse, “Montoneros. El mito de los 12 fundadores”.

Otras inexactitudes gruesas de aceptar a esta altura de las investigaciones, teniendo en cuenta la cantidad de bibliografía que trasciende sobre el tema, es cuando dicen que Firmenich “es directivo de la empresa Bunge y Born”, (me imagino que se confunden con Rodolfo Galimberti que si estuvo ligado empresarialmente a Jorge Born); o cuando dan por muerto o en el exilio a otro peronista del grupo primitivo montonero, el abogado Ignacio Vélez,

que hace muchísimos años vive en Argentina y trabaja en el INCUCAI, estando a cargo de la Campaña Nacional de Donación de Órganos. Además a Firmenich, lo presentan como “contador” a secas, en un tono peyorativo, cuando realmente es licenciado en Economía en la UBA con el mejor promedio de su promoción (1996) y doctor en Economía en la Universidad de Barcelona, tres años más tarde.

Después hablan de una contradicción que no es tal cuando al referirse a Montoneros afirman “que no hacían seguidismo del peronismo obrero sino del nacionalismo peronista de las clases altas y de importantes sectores intelectuales que vibraban en la misma frecuencia que los jóvenes estudiantes contestatarios de Europa y de los Estados Unidos” o bien que entre ellos “existían elementos de clase media y alta, más acostumbrados a concurrir a clubes elegantes que a sindicatos”. Me remito nuevamente al trabajo de Lanusse antes citado para desmoronar esta liviana y antojadiza afirmación y agrego una pregunta a los autores de este libro en cuestión: Si lo que dicen fuera cierto: ¿en que lugar colocamos a las comisiones internas de delegados obreros de De Carlo, Mercedes Benz, Matarazzo, Astarsa y Bendix, por nombrar solo algunas, que adhirieron al peronismo montonero y por eso siguen secuestradas y desaparecidas hasta la fecha?

No resisto la tentación de concluir el comentario, sin incorporar a este escrito lo dicho por otro militar golpista -el contralmirante Arturo Rial- a un grupo de obreros municipales que esperaban ser atendidos en la Casa de Gobierno para solucionar problemas gremiales: “Sepan ustedes que la Revolución Libertadora se hizo para que en este bendito país, el hijo del barrendero, muera barrendero”. Aramburu era quien estaba al frente de esa “revolución”.

Lic. Roberto Baschetti